

nuestra polifonía, con lo que quedará «reducida a un atrevido «scherzo» que resultará orquestalmente bello y embellecerá nuestro canto a la verdad.

Como ve, la complacemos literalmente. *Publicamos* a la letra su carta con todas sus... particularidades para que no pierda su sabor característico, ni eso siquiera en lo que alguien, muy galantemente por cierto, ha puesto el encanto de la carta femenina, aunque rabie Horacio, gruña la Gramática y se encabrite la linotipia.

Y ahora todos juntos, Horacio, nosotros y la linotipia, nos congratulamos de que sea usted soltera por la gracia de Dios, como encabezaban sus ejecutorias los monarcas, y le deseamos que Dios le conserve la palma muchos años en el estado en que usted quiera tenerla o más le convenga.

Y ahora vamos a ver qué es eso que llama su opinión; y una vez que la hemos complacido no privándola del gusto de exponerla en letras de molde, vamos a procurar «ortodoxearla» un poquito. (No se asuste, que no le haremos nada malo).

En primer lugar comienza usted por decir que los impedimentos no sirven para nada porque se dispensan todos. ¿Quién le ha dicho a usted eso? ¿Que se lo ha creído usted? Bien se ve que, como dice, *no ha podido* comprobarlo en sí misma. Ni mucho menos. ¿Qué más quisieran algunos! Pero no es así. Muchos no se dispensan nunca. Por ejemplo: No se dispensa el de afinidad en línea recta cuando proviene de matrimonio consumado. Ni el proveniente del S. O. del presbiterado. Ni el de edad cuando ésta no alcanza el uso de la razón. Ni el de impotencia. Jamás se dispensa el de vínculo matrimonial. Ni el de mixta religión ni disparidad de cultos si se da peligro de perversión del cónyuge católico. Ni se ha dispensado hasta la fecha ni por la Datoría ni por la S. Congregación de Sacramentos del impedimento de público concubinato cuando ha concurrido la maquinación, aunque lo hayan solicitado poderosos o reales peticionarios... etc., etc.

Así que no, polemista e intrépida Bachillera, no se dispensan ni mucho menos todos los impedimentos. Ni está usted tampoco cantando discordantemente, lo cual tiene también su poesía; sino sencilla y prosaicamente ignorando muchas cosas que conviene saber antes de aventurarse a dogmatizar «ex cathedra».

Pero es que aun en los que se dispensan existe también y se logra un objetivo de buen gobierno y de acertadísima previsión social.

Porque muchos, al ver el impedimento y el peligro desisten de su empeño en contrararlo con aquella persona. Otros, si a pesar de todo sientan la necesidad o la conveniencia de celebrar, precisamente

aquel matrimonio, entonces han de someterse a las pruebas, trámites y precauciones establecidas, y si las afrontan y superan, siempre quedará en ellos grabada la idea del peligro y vivirán más cautamente.

Son los impedimentos, para que usted me entienda, como unas llamadas de atención que la experiencia polisecular y la sabiduría inagotable de la Iglesia ha puesto en torno a ciertos matrimonios advirtiéndoles a los que intentan contraerlos que cuando concurren las circunstancias que constituyen el impedimento, hay allí peligro inminente o al menos probable de desgracia o infelicidad de uno u otro orden, generalmente hablando. Algo así como esos rótulos que se ponen junto a los pasos a nivel que vienen a decir: «Atención al tren! ¡Cuidado, que hay peligro!» Si, a pesar de todo, el advertido se empeña en forzar el paso, todo lo que le suceda será ya sobre aviso y bajo su propia y exclusiva responsabilidad. Ya se lo advirtieron.

Cierto que no en todos los impedimentos y casos de impedimentos el peligro es el mismo ni del mismo orden, pero el peligro existe. Una enumeración de los mismos y la exposición del fundamento y razón de ser de cada impedimento nos llevaría demasiado lejos en esta exposición; aunque la haremos si algún lector nos la solicita.

Según sea mayor o menor el riesgo o la improcedencia y diversos los motivos en que se fundan, así son de distinta especie y de distinto modo obstaculizan su celebración; ya que unos se fundamentan en la ley natural, otros en la divinidad positiva y otros en esa decencia y honestidad que deben presidir las relaciones humanas. Por eso los dirimentes imposibilitan e invalidan y los impedientes obstaculizan y hacen ilícito el matrimonio.

Satisfecha, ¿no? Por lo demás, es casi seguro que no faltará quien lamente con usted que no sea su persona la encargada de administrar estos y otros grandes intereses de la Humanidad, porque siendo tan alegremente expeditiva, hubiera ya, sin duda, segregado o exudado cosas dignas de su intelecto, con la misma espontánea naturalidad con que en bandeja nos sirve ese «sirbe» que nos sirve para hacernos un pequeño lío. Y aun aseguraríamos que hay por ahí alguien inclinado a creer, ¡oh aventurada suspicacia de algunos humanos!, que si la Gramática sale algún tanto asendereada y mal, parada de sus gentiles manos... no mejor suerte pudieran correr otras instituciones más respetables. ¡Oh, qué juicios más temerarios!

Pero, ¡qué caray!; no todo ha de ser seriedad y juridicidad en este pícaro mundo. Por eso hay quien dice que los «clowns» son tan necesarios como los intelectuales.

Y dan sus razones: Porque la risa es un masaje psicofísico y totalitario muy saludable para todo el complejo humano... «Lo mejor es reír...»

JEROGLIFICO

núm. 1, por Méndez

CONSULTA

Hoy pide turno a la Revista «Y» un padre de familia.

Y lo hace para solicitar de quien a tantos se la ha dado ya, orientación y norma a seguir en un asunto que le preocupa mucho.

Tengo cuatro hijas, la mayor de las cuales—doce años—está en las mejores condiciones para empezar a estudiar. Y de aquí arranca mi indecisión y mi incertidumbre. Gracias a Dios, disfruto de una posición acomodada. ¿Debo dar a mis hijas una carrera o no? ¿Optaré por darles una educación esmerada en un colegio o por hacerles estudiar una carrera de la que puedan vivir? Eso es lo que me preocupa.

Porque he observado en mi vida que las mujeres de carrera suelen fracasar, y no sé por qué, en sus naturales aspiraciones de mujer. Resuelven al hacer una carrera un problema elemental: el económico. Pero casi siempre fracasan en su problema sentimental. Ahora bien; una mujer, mientras no deje de serlo (salvo el caso de sentirse llamada por una vocación religiosa), fracasada en su problema sentimental, que concretando un poco más pudiéramos llamar «instinto maternal», aun cuando nade en la abundancia y procure aturdirse con viajes y otras bagatelas, siempre será una desgraciada, de cuyo fracaso nada logrará compensarla.

Eso es mi duda. Al dar una carrera a mis

¡En la playa será admirada!

Por la hermosura y juventud de su busto

Use TÓPICO CIRCASIANO que endurecerá y dará firmeza a sus senos rápidamente

Para conservar siempre la juventud del busto: TÓPICO CIRCASIANO

Para recobrar la juventud de sus senos: TÓPICO CIRCASIANO

VENTA: Buenas Perfumerías y Farmacias Por correo, al Apartado 481 - BARCELONA Fidon folletos

(Marca de Perfumería Registrada)



ESTETICA Y BELLEZA

PILDORAS CIRCASIANAS

son un reconstituyente ideal, creadas expresamente para la mujer. Muy convenientes a las señoras y señoritas deseosas de mejorar su belleza física. Venta en farmacias, a 9,30 pesetas frasco. De no hallarlo, dirijase a M. POYS, apartado 481. Barcelona. (C. S. n.º 3497)

hijas, ¿pondré los primeros jalones para su infelicidad? ¿Estoy en el deber de evitarla ese tropiezo, apartándola de unos estudios profesionales?

Para salir de este laberinto de mis dudas solicito su bondadoso y siempre firme consejo. Esperándole próximamente, queda a sus órdenes su agradecido amigo. (Firmado.) Para la contestación: UN PADRE DE FAMILIA.

CONTESTACION

Realmente existe un problema en lo que constituye el núcleo de su consulta.

Parece a primera vista realidad innegable el mero hecho de hacer una carrera atenua en la mujer la vida de los sentimientos, y que el ejercerla disminuye en alguna proporción las probabilidades de que contraiga matrimonio.

Vamos por partes. El hecho de hacer una carrera parece atenuar en la mujer (de ordinario, lo cual quiere decir que hay excepciones) la vida de los sentimientos. Ello es lógico y natural. La vida de estudio—en la hipótesis de que se estudie, que también hay excepciones—exige una atención, una preocupación y en circunstancias una obsesión por los temas y problemas que son objeto de los estudios y de la carrera. Y como las posibilidades del hombre, cuanto más de la mujer, no son infinitas, ni siquiera indefinidas, sucede que la actividad y el tiempo dedicado a esos objetivos alejan los pensamientos y restan exuberancia a la flora imaginativa, en la que se apacienta bucolicamente la vida de los sentimientos. Ya dijo el clásico que «muchas gentes no se enamoran nunca si no oyeran hablar de amor».

Hemos dicho que hay excepciones: son las de «las» malas estudiantes que hacen de los cursos pretextos para vivir una vida que sin matricularse no podrían justificar; y las de aquellas otras a las que los estudios hayan logrado crear una amplitud de horizontes y una lucidez de vida integral, extendida al orden de los sentimientos también, que sin los estudios nunca hubieran alcanzado.

Un paso más. El hecho de ejercer una carrera parece disminuir en la mujer en alguna proporción las naturales probabilidades de que contraiga matrimonio.

Parece otra realidad que confirma la experiencia. Y digo parece porque pocas veces podrá evidenciarse que la soltería se deba precisamente al hecho de ejercer la carrera, por no constar si las cosas hubieran sucedido lo mismo de no haber existido esa circunstancia.

Pero vamos a conceder, por una de esas liberalidades que en filosofía se llaman «petición de principios», que sea cierto el hecho. Ese hipotético suceso pudiera fundarse en ese mismo apartamiento de la vida sentimental por el predominio de que ya hablamos de la vida intelectual. Pero hay además una circunstancia muy notable, y es que el cultivo de la parte espiritual ha creado en la joven de carrera un clima de altura más elevado y muy distinto de aquel en el que de ordinario se mueven las compañeras que dejó fuera de la Universidad o de la Academia.

A estos factores hay que añadir un tercero. Al encontrarse esta joven mujer re-

suelto el problema económico con holgura e independencia, es lógico y natural que sea más exigente al tratar de escoger el que ha de ser el compañero de su vida, en el que, lejos de buscar un oficial de Intendencia, un jefe de Abastecimientos y Transportes o un cabo más o menos furriel (que es lo que viene a ser el marido para no pocas mujeres), tratará de hallar al esposo perfecto—en la medida de lo posible dentro de lo humano—que sea digno complemento a sus depuradas y selectas aspiraciones. Con lo cual no hace otra cosa sino aspirar a resolver con las máximas probabilidades de éxito eso mismo que usted llama su problema sentimental. Claro que ya dice la sabiduría popular, condensada en un refrán, que el que es amigo de lo mejor es a veces enemigo de lo bueno. Por lo menos de lo mediocre, sí, y en ello no hay nada reprobable ni deprimente, antes al contrario, es noble afán de superación.

Mi criterio es que, cuando se puede, está muy bien; es más, debe dársele a la joven una carrera de las que son propias y consentáneas a la idiosincrasia propia de su sexo, tales como Farmacia, Magisterio, etc., etc., y fundo mi parecer, aparte de las conveniencias apuntadas más arriba, en los siguientes motivos.

Si la mujer que ha hecho una carrera se casa, tiene por su formación, educación y mayor penetración psicológica, muchas más probabilidades de acertar que otra desprovista de esa prerrogativa.

Quizá diga alguno con usted que tiene alguna probabilidad menos de contraer matrimonio teniendo una carrera. Naturalmente. La conciencia de su dignidad y valer y la propia y natural estimación le hará rehuir de aceptar enlaces poco convenientes y menos apetecibles y por los que tal vez se hubiera visto precisada a decidirse de no haberse colocado en ese nivel de superioridad del que hemos hablado.

Y si por no acceder a un matrimonio menos conveniente o con pocas probabilidades de acierto, o sencillamente por eso que usted llama un poco enfáticamente fracaso sentimental, se quedara soltera, al verse ante la vida ejerciendo una carrera—lo que ya muchas veces es una especie de prohibición o procreación—y al sentir en su conciencia la satisfacción de prestar un servicio a la Humanidad, de que es útil con su actuación a la sociedad en que vive, experimentará una compensación de la ausencia de otras aportaciones quizá, a veces, no más espirituales. La perspectiva de verse vivir de una remuneración lograda con su propio trabajo le proporcionará la satisfacción de verse comprendida, agradecida, recompensada...

Por otra parte, ¿qué compensación pudiera hallar esa misma mujer si, privada del privilegio de haber hecho y de ejercer una carrera, llegara, a pesar de ello—¡por qué no!—, a fracasar en la solución de su problema sentimental? Como usted ve, el panorama es infinitamente más sombrío por los cuatro puntos cardinales de su horizonte.

Si usted puede, proporcione a sus hijas una carrera digna y apropiada, elevando

(Continúa en la pág. 40)